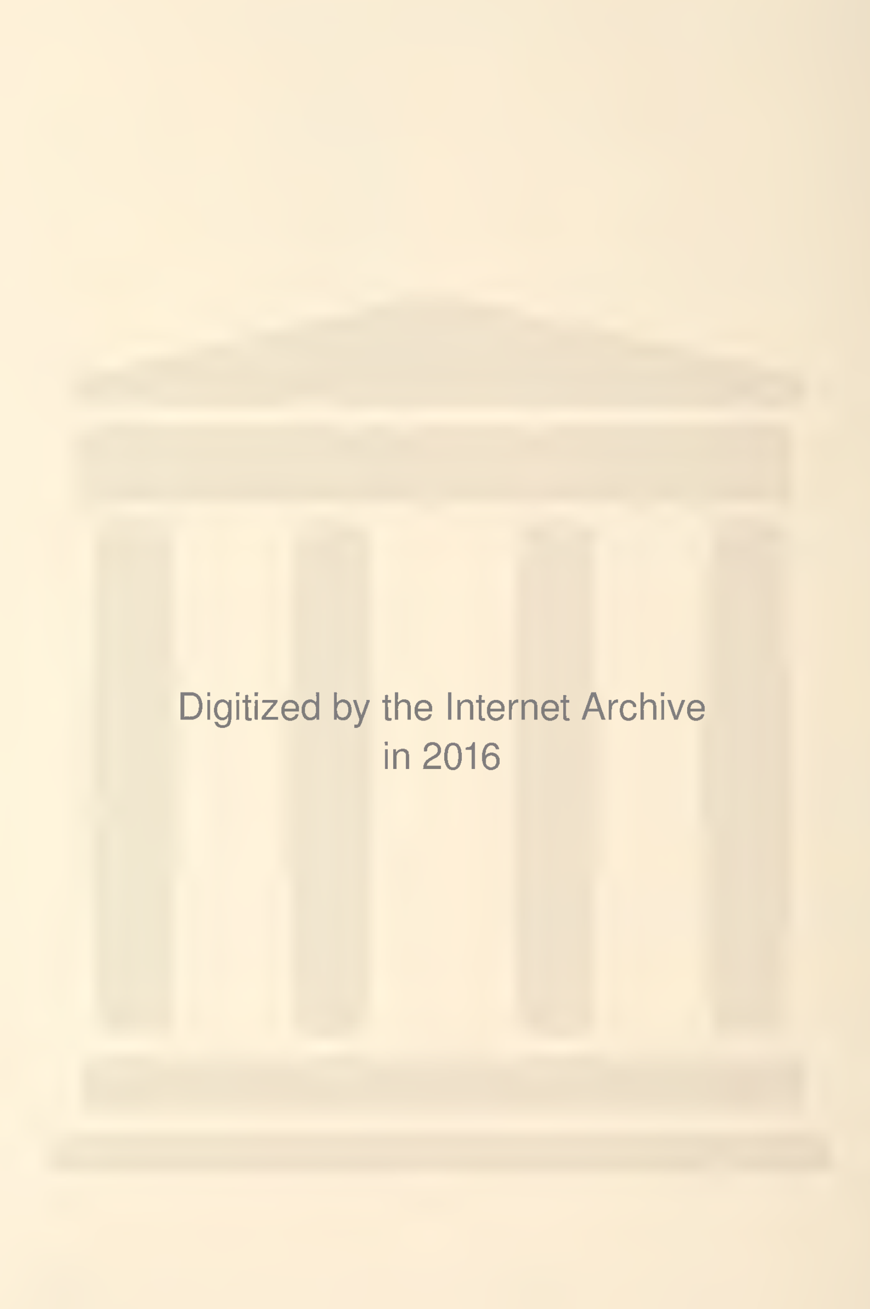






Sencillo y artístico Monumento que lució hace algunos años en una de las Capillas de la Misión del Caroní.

AÑO VIII

No. 87

ABRIL

1946

Caracas

Venezuela



La Novela de un Misionero

Por G. SAGEHOMME S. J.

(Continuación)

—¡No diga usted eso! No diga eso. ¡Usted no sabe, no podrá saber lo que yo he sufrido por no estar aquí!

—Pero ¿por qué... por qué no estuviste?

—Ya se lo he dicho: era mi deber; no puede traspasarse el deber.

Hubo un silencio, y el reloj del conserje dió las siete: la tarde caía; en la creciente oscuridad los dos hombres permanecían de pie. Louverois miraba fijamente al rostro de su ahijado, procurando descubrir su pensamiento; volvió a decir:

—¿Luego, sufriste mucho allá?

—Mucho más de lo que podría decir.

Louverois se acercó, tomó del brazo al Padre Marcelo, le apretó con fuerza, y muy bajo, con ansiedad, con los dientes apretados:

—Entonces, ¿no te volverás?

Aquello fué como un relámpago que brillara en el alma del misionero: a su luz repentina, distinguió claramente la emboscada que hacía un momento le tendía el enemigo: renunciar al camino del sacrificio, rehusar el don de sí mismo, decir no a Dios que le llamaba, rechazar con horror la cruz pesada, pero saludable, ¿haría él eso? ¿Lo haría?

No, no lo haría; reuniría sus fuerzas humanas, juntaría a ellas las fuerzas de Dios, y entonces nada le vencería, ni el temor, ni el disgusto, e iría con valor al puesto del sufrimiento y del honor, que Dios le había señalado.

Después de un momento de silencio, en el que todos esos pensamientos pasaron a la vez por su alma, Carlos de Louergue, con un acento indecible de fuerza y de resolución, de confianza serena y de abandono completo de sí mismo, exclamó:

—¡Le juro a usted que me volveré muy pronto!

...¿Qué poder invencible hay en el grito de un heroísmo sincero inspirado por Dios? Víctor Louverois, en lugar de indignarse, de protestar, de suplicar, se descubrió y se inclinó:

—¡Qué hombre —dijo—; eres sublime, ahijado mío!

Procuraba chancearse, reírse, pero su emoción le traicionó:

—¡Ah, Carlos, tú acabarías por hacerme creer que verdaderamente Dios se ocupa de nosotros y que está a punto de darte, en estos momentos su fuerza; proque bien conozco que acabas de vencer en un rudo combate!

—¡Padrino, ve usted claro! Lleve ahora su clarividencia hasta el fin, sea lógico, vuelva a Dios, cuyo poder y bondad adivina.

—Veremos, veremos... no digo que no... pero no ahora, más tarde.

El Padre Marcelo comprendió que era menester aguardar la hora señalada por Dios.

—Pero, al menos —dijo—, vuelva a nosotros.

Y tomando por el brazo a Louverois, que se dejaba llevar sin mostrar mucha repugnancia, le arrastró, a través del jardín, hasta la escalinata, que le ayudó a subir, hasta el comedor, en donde se hallaba reunida la familia a punto de ponerse a la mesa.

El señor de Louergue no vió al principio más que a su hijo:

—¡Ven, perezoso —le dijo—, que te estamos esperando!

—He tardado un poco —respondió Carlos— porque tenía que arrastrar una pesada carga.

Y apartándose de delante de su padrino, le empujó hacia el señor de Louergue, que quedó mudo de sorpresa.

—Buenas tardes, Marcelo —dijo sencillamente Louverois tendiéndole la mano.

—Buenas tardes, Víctor —respondió Louergue.

Y los dos se abrazaron en un estrecho abrazo, mientras todos, sentados alrededor de la mesa, aplaudían.

El Padre Marcelo llamó:

—Leandro, haga el favor de traer un cubierto para el señor Louverois.

Louverois se sentó enfrente de Adrián, a quien dijo en voz alta en tono de bienvenida:

¡No eras tú, caricatura de abogado, quien había de ganar este proceso contra un viejo testarudo como yo!

* * *

Al retirarse, hasta las altas horas de la noche, Louverois se paseaban arrastrando el paso, por la alfombra de la habitación: muchas veces se detenía, hablaba consigo mismo, se reprendía, se dirigía virulentos apóstrofes.

—¡No te atreves! ¿El qué dirán te da miedo? ¿Serás un cobarde?

Luego continuaba su paseo. Por fin, se acercó a la gran pila de agua ben-

dita, que la piedad de los Louergue colocaba en todas las habitaciones de los huéspedes amigos; dudó un momento, pero luego, con un gesto brusco, mojó en ella los dedos e hizo una gran señal de la cruz diciendo:

—¡Está! Pacto sellado, Dios mío. ¡Seré fiel a él!

* * *

El día siguiente era domingo: a las seis y media el Padre Marcelo dijo su misa en la capilla del castillo y toda la familia comungó de su mano.

Durante la acción de gracias, que prolongó más que de costumbre, Carlos de Louergue se sintió impulsado a ofrecer a Dios su holocausto. Prosternándose en las gradas del pequeño altar, en que el Maestro se dignaba residir, renovó primero sus votos de religión, y luego, a media voz, en la soledad del desierto oratorio, añadió:

—Señor, ya lo habéis visto, he sido débil; he retrocedido ante el sacrificio; pero Vos me habéis levantado, iluminado, fortificado, y aquí estoy: vengo a ofrecerme a Vos por vida y por muerte; vengo a deciros, Señor, que quiero volver, lo más pronto posible, al puesto del combate, para sufrir allí todo lo que quisiéreis enviarme, para morir allí si así lo queréis; iré gozoso como el soldado a la batalla, cierto de que Vos tendréis en cuenta mis luchas y las recompensaréis...

Mientras oraba así, se había abierto la puerta de la capilla suavemente; Louverois había entrado queriendo saber dónde se detenía su ahijado; oyó su ardiente plegaria, la escuchó con emoción y se arrodilló él también...

Cuando el Padre Marcelo se dirigió hacia la salida, Louverois, con la cabeza entre las manos, oraba a aquel Dios de quien tanto tiempo había blasfemado.

Salieron juntos, sin decirse nada; sólo al entrar al comedor, donde la familia ya reunida comenzaba el desayuno, Louverois, dándose un gran puñetazo en el pecho, dijo a su ahijado:

—¡Un viejo salvaje más que acabas de convertir!

* * *

A las ocho y media, a las primeras campanadas de la parroquia, estaban todos en la escalinata, dispuestos a partir para la misa mayor. El automóvil esperaba, y detrás de él, el coche de dos caballos, pues se trataba de llevar a la iglesia una tropa de doce personas.

Juan estaba en el volante de la máquina, y el viejo Leandro apenas podía contener a los caballos percherones, a los que inquietaba el ruído del motor.

—¡Vamos —dijo Adrián—, al coche, señores y señoras!

Se dividieron; las señoras en el automóvil con dos nietecillas; los hombres y los muchachos en el coche con el Padre Marcelo, que lanzaba hacia la casa miradas inquietas.

—¿Qué buscas, Carlos? —le dijo el señor de Louergue.

—Nada, papá... quería... No, nada.

—¡Bueno, pues entonces en marcha!

Ya partían, cuando una voz, que salía desde las profundidades del vestíbulo, gritó con viveza.

—¡Hola!, ¡hola! ¡Yo también voy, esperen!

Era Louverois: apareció sobre la escalinata, bajó las gradas:

—Voy a la misa —añadió.— Pero ¿qué? ¿Por qué me miráis todos con los ojos tan abiertos?

Ayudado por el señor de Louergue subió al coche, y partieron, mientras el castellano estrechaba, casi hasta romperla, la mano de su amigo, sin llegar todavía, en su sorpresa llena de emoción, a pronunciar palabra.

—¡Caramba, Marcelo —gritó Louverois—, deja ya mi mano tranquila, que me haces mal! ¿Qué me romperás una de estas mañanas cuando me veas comulgar en plena parroquia?

—¡Ah, Víctor —dijo por fin el señor de Louergue—, este es uno de los más bellos días de mi vida!

Y añadió suspirando:

—Mi mujer lo había predicho muchas veces... ¡Que no esté ella aquí para verte!

—Ella me ve, te lo aseguro —respondió Louverois con tono persuadido y muy bajo al oído de Louergue—. ¡Ya sabes que tu hijo Carlos es un santo!

Muy bajo también Louergue respondió:

—¡No digas eso! Los santos abandonan la tierra y se van al cielo.

A lo que replicó Louverois:

—¡Pues no es un sitio tan malo!

* * *

Louverois cumplió su palabra: el viernes siguiente, que era el primer viernes del mes de mayo, fué muy temprano a la iglesia de Profondeville, donde su presencia en la misa el domingo anterior había causado ya una profunda sensación. A pesar de lo temprano de la hora, muchas personas estaban ya en la iglesia preparándose para la santa comunión. Louverois se mezcló a los fieles y se acercó a la Santa Mesa con una conmovedora piedad que edificó a los asistentes.

Los Louergue cumplían con sus devociones en el castillo, durante la misa del

(Pasa a la pág. 59)



Venezuela Misionera

* * *

DIRECCION Y ADMINISTRACION
PP. CAPUCHINOS – LA MERCED
APARTADO 261 – TELEFONO 3562
CARACAS–VENEZUELA

AÑO VIII No. 87

ABRIL DE 1946

* * *

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
CON APROBACION ECLESIASTICA Y DE LA ORDEN
SUSCRICION ANUAL: BS. 5
PARA EL EXTRANJERO: $ 2

Estampa Misional

Sanguis ejus super nos

Caiga su sangre sobre nosotros

ERA el clamor del pueblo hebreo la mañana del Viernes Santo, ante el pretorio de Pilatos; clamor de odio, de satánico furor: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Tal y como lo pidieron, se verificó. La sangre de la inocente víctima fué derramada, y cayó sobre ellos, no precisamente, para lavarlos y purificarlos, sino para su ruina y perdición, como había sido vaticinado algunos años antes: Este niño está puesto para ruina de muchos en Israel. Esa sangre que Jesús derramó de una manera tan generosa en el madero de la cruz, ha lavado y purificado millones y millones de almas de toda raza, pueblo y nación. A beber de ella se han acercado en todo tiempo los sedientos. Porque esa sangre ha sido derramada por muchos para remisión de los pecados; porque esa sangre aún palpita en medio del mundo y salvará muchísimas; las almas de los fieles que de ella saben y quieren aprovecharse; las almas de los infieles, que con sinceridad y buena voluntad al lado de la cruz se llegan. Es la Iglesia Santa quien, tomando en copa de oro esa sangre preciosa y esos méritos de valor infinito, los transporta, por medio de sus misioneros hasta los últimos confines del mundo pagano, y con ellos lava y purifica a los infieles, para hacerlos entrar a la verdadera unión con los creyentes, elevándolos a la dignidad de hijos adoptivos del mismo Dios. Aquella sangre que un día reclamaba un pueblo, ciego de rabia y lleno de odio, la reclama también hoy día el pueblo gentil para su bien, para su salvación. ¿Cómo negársela? ¿Cómo privarle de este inefable consuelo de la sangre de Cristo? No es posible, pues también por él, como por nosotros, fué derramada tan generosamente. Llegue, sí, llegue hasta ellos el beneficio de la Redención, para que la luz penetre en sus inteligencias, el amor en sus corazones, y en las costumbres, antes degeneradas, impere la moral del Evangelio.

Missionarius

El sentido misional de la conquista de América

Con este título se publicó en Buenos Aires, hace cuatro años, un libro valioso e interesante para la historia del Continente Americano. Su autor —Vicente D. Sierra— estudia en él de una manera completa y documentada un aspecto curioso y original de la conquista de América. La obra misional llevada a cabo por España en el Nuevo Mundo se analiza serena y minuciosamente a la luz de un acervo inmenso de datos y documentos, para llegar a la conclusión, lógica y razonada, de que el esfuerzo y labor de los Misioneros tuvieron mayor relieve e importancia que la misma conquista militar.

Traer la luz de la fe a las almas, sumidas en la más crasa ignorancia y abyección, y evangelizar las numerosas tribus indígenas, fueron estímulos más poderosos e impulsivos que la dominación de las nuevas tierras con sus cuantiosos tesoros y riquezas. La sed de oro, que muchos historiadores achacan a los conquistadores hispanos como fuerza principal que los impulsó a la conquista americana, queda en puesto secundario con relación al celo apostólico de los operarios evangélicos.

Para los que deseamos una verdadera revolución, sana y constructiva, en los campos de la Historia; para los que suspiramos por el imperio de la justicia y equidad en la relación de los hechos del pasado; para los que anhelamos la implantación de la *partida doble* —Haber y Deber— en las investigaciones históricas, del mismo modo que se hace en la contabilidad; es un verdadero placer el encontrarnos con libros que, como el presente, estén redactados con criterio recto y sereno y sin prejuicios y apasionamientos; libros escritos a base de una documentación verídica y auténtica, de la cual se deduzcan lógicamente los hechos narrados, es decir, la verdad, toda la verdad, ya sea ella para nosotros dulce, ya sea amarga.

La obra misional de España sale bien parada del libro que comentamos, pero si, estudiada y analizada esa misma obra con un criterio sereno y desapasionado y con una documentación similar, se hubiese llegado a una conclusión distinta y adversa, la aceptaríamos de la misma manera, sin que nos doliesen prendas por ello, ya que lo que buscamos, lo que debe buscar el historiador auténtico y verdadero, es, ante todo y sobre todo, la justicia y la verdad.

Para muchos historiadores, o mejor, escribidores de historia, ésta debe ser lo que a ellos se les antoja que sea, y los hechos y personajes salen descritos por su pluma de acuerdo en todo con sus ideas preconcebidas, no como fueron en realidad. Esto no es historia, ni cosa que se le parezca, esto es uno de los grandes males y pecados que se cometen contra la Historia.

Mientras este método arbitrario y pasional no desaparezca; mientras

los investigadores del pasado se lancen a escribir con temerario arrojo y sin la debida preparación literaria y técnica, seguiremos viendo con dolor circular por esos mundos de Dios mamotretos llenos de falsedades y calumnias, de leyendas y cuentos, con la increíble pretensión de que se les tenga por verdaderos estudios históricos. El espíritu y la razón se sublevan, en nombre de la Historia, contra tales escribidores, pretenciosos e ignorantes.

Este nuestro modo de pensar no es de ahora, es de hace muchos años: Ya en 1929 escribíamos al frente de uno de nuestros libros históricos, lo siguiente:

"Ya es tiempo de que desaparezca para siempre el anticuado método de escribir la historia sin cometerse a otras reglas que las dictadas por el capricho de cada autor. Sin las pruebas documentales, sin el estudio de las verdaderas fuentes y de los archivos, sin la precisión en las citas, etc. etc., no deben publicarse obras que pretendan circular por el mundo científico con el dictado de históricas. ¡Cuántos libros de esta clase corren impresos, en cuyas páginas vemos hechos sumamente graves e importantes, probados única y exclusivamente con afirmaciones categóricas y rotundas, sin un argumento, sin una cita! Como se deja comprender fácilmente, éste método es enteramente irracional, pues bien conocido es el principio filosófico de que lo que gratuitamente se afirma, gratuitamente o con la misma razón se niega".

Por eso batiremos palmas siempre que caigan en nuestras manos obras históricas, escritas fría y serenamente y después de un estudio reposado y a fondo de las verdaderas fuentes, en forma tal que la verdad —objeto único de toda investigación— brote espontánea y limpia, como de los manantiales brota el agua pura y cristalina.

Mas para escribir historia de la manera dicha son necesarias largas horas de vigilia y estudio; hay que consultar autores, visitar archivos, hundirse entre el polvo de amarillentos legajos. . . y este camino es duro y pesado, lo confesamos, razón por la cual los novatos y aficionados optan por otro más breve y fácil, cual es escribir líricamente y de memoria, supliendo el verdadero y sólido fondo histórico con una hojarasca relumbrona y una fraseología hueca y campanuda. Así es como se desacredita y apedrea la Historia, haciendo que sea no la *magistra vitae*, como debe ser, sino la maestra de falsedades y engaños.

¡Ojalá que así como existen cátedras para formar peritos y técnicos en los diversos ramos del saber humano, del mismo modo hubiese también una escuela, cátedra o seminario para formar historiadores!

Lamentamos que la brevedad de estas notas editoriales y el carácter no científico de esta Revista, nos impidan extendernos más en el desarrollo del presente tema, por otra parte bastante sugestivo e interesante.

Fr. C. de C.
O. F. M. Cap.

POR EL BAJO ORINOCO

TUCUPITA

En cumplimiento de la misión que se me ha confiado de recoger datos, noticias y episodios sobre la fama de santidad que, del siervo de Dios, Padre Santos de Abelgas, Misionero del Caroní, circula en el Territorio Delta Amacuro, cada día con más intensidad, emprendí el 14 del pasado enero, una larga gira, cruzando los Estados Miranda, Aragua, Guárico, Anzoátegui y Monagas, para arribar el día 17 a Tucupita, Capital del Territorio.

Allí nuestros Hermanos, los Rdos. Padres Alvaro de Espinosa y Baltasar de Matallana me recibieron bondadosamente.

Quien visita hoy la Ciudad de Tucupita, y quien la conoció por los años de 1919, cuando los Padres Franciscano-Capuchinos se hicieron cargo de la Parroquia, no puede menos de admirar el progreso en todos los órdenes y las transformación que ha sufrido.

Hace poco más de veinte años, Tucupita era un pueblo pequeño, de aspecto nada atrayente, con casas que no pasaban de la categoría de ranchos míseros, sus calles estrechas, llenas de barro y agua, y los pocos comercios con que contaba, sin importancia y sin nombre. La iglesia, si así podía llamarse, era morada de murciélagos y rinconera de trastos viejos. Planteles educacionales... brillaban por su ausencia.

Hoy, en cambio, Tucupita ofrece al viajero la realidad del progreso en todos los órdenes y está convertida en una señora Ciudad. El radio de la población se ha extendido en grandes proporciones; las viviendas se han multiplicado en número, en comodidad y en belleza interior y exterior; las calles, rectas, prolongadas y anchas, con aceras de concreto, tan bien construídas, que nada tienen que envidiar a las mejores de las grandes capitales de estado; los comercios y las bodegas, bien acondicionados y mejor surtidos; los centros escolares, federales y territoriales, graduados casi todos, y el Colegio de la Sda. Familia, también graduado, de las Misioneras Capuchinas, han convertido a la capital del Territorio en centro de intenso progreso cultural.

La antigua morada de murciélagos ha sido reemplazada por una iglesia capaz y bella, con dos torres gemelas, la que, levantada por el esfuerzo de los Padres Capuchinos, a costa de tiempo y de grandes sacrificios, se asoma, entre las filas de casas, al caño Mánamo, y, risueña, saluda maternalmente a los pasajeros que fatigados llegan al puerto, invitándolos reposar en sus có-

modos bancos, y a levantar su corazón a Dios que preside, desde su morada, el laudable progreso religioso, intelectual y material de la ciudad.

Pues aun le esperan días de mayor progreso y extraordinaria opulencia, porque varios taladros introducidos en las entrañas de la tierra, a una profundidad de tres mil pies, según indicaciones, han descubierto el tan apetecido y con ansias buscado ORO NEGRO, *quiero decir, el* PETROLEO.

Acompañado por los Padres Alvaro y Baltasar visité a las familias que más de cerca trataron al P. Santos de Abelgas, y quedé gratamente impresionado, al oír la voz unánime de las personas, que ponderaban sus virtudes nada comunes, su vida ejemplar, su espíritu de abnegación, la bondad de su carácter, su inagotable caridad y su incansable celo por la salvación de las almas.

Muchos no dudan en llamarlo santo; a él se encomiendan, y hasta le atribuyen gracias alcanzadas del Señor por su intercesión.

ARAGUAIMUJO

Después de permanecer algunos días en Tucupita, partí en compañía del Padre Quintiliano de Zurita, en la lancha Paz y Bien, *para la Estación Misional de Araguaimujo, a donde llegamos felizmente el mismo día, ya anochecido. Cuando la chiquillería indígena oyó el ronquido del motor y el pitar de la sirena, se alborotó jubilosa, como lo hace siempre en semejantes ocasiones, y se lanzó al puente para pedir la bendición al Superior, Padre Quintiliano y a examinar curiosamente cuantos objetos y encargos llevaba desde Tucupita.*

El Padre Conrado de Cegoñal, joven y abnegado misionero, con simpática sonrisa siempre a flor de labios, y el Venerable y anciano Hermano Fray Rogerio de Valduvieco, veterano misionero, nos dieron fraternal abrazo. Las Rvdas. Hermanas Misioneras Capuchinas nos obsequiaron cuanto pudieron, y los indios y las indiecitas muy pronto dieron cuenta de los caramelos que llevábamos.

La Estación de Araguaimujo es la más antigua de las establecidas en el Vicariato del Caroní. Cuando en 1925 clavaba el Padre Santos de Abelgas la Señal de nuestra redención en este punto y, postrado en tierra, besaba gozoso el suelo que la divina Providencia le deparaba para ejercer su celo y apostolado entre los infieles, sólo maleza, monte y selva, con algún que otro rancho de indígenas se encontraba por estas regiones.

Hoy Araguaimujo muestra bien a las claras el paso de la civilización por estos caños y las pruebas del trabajo ingente realizado por los Misioneros Capuchinos en colaboración con las Hermanas Misioneras.

Una preocupación embarga, no obstante su espíritu y una espina llevan clavada de continuo en el corazón, al ver que el fruto de sus sacrificios en su mayor parte ha sido barrido por tres crecientes arrasadoras del Orinoco.

Las más importantes actividades de nuestros Misioneros en Araguaimujo se encaminaron desde un principio a sacar indígenas de ambos sexos de la selva, estableciendo internados para indios e indiecitas. De estas se encargaron las buenas Hermanas Capuchinas, Religiosas de la Sda. Familia, y de los indios los Padres.

Como resultado positivo de esta plausible labor evangélica, humana y patriótica, se pudieron celebrar, después de algún tiempo, bastantes matrimonios entre los educados en los internados, los cuales colocaron sus viviendas modestas y decenticas cerca de la iglesia y de la casa central de la Misión, comenzando así un pueblo, pequeño en un principio, pero con las más halagüeñas esperanzas para un porvenir no lejano.

Todos estos sueños convertidos ya en consoladora realidad, fueron totalmente disipados por el imponente Orinoco que, cuando en las épocas de lluvia, dice a crecer y a salirse de su cauce ordinario, no hay quien lo contenga ni dirija, llenando de pavor, no sólo a los indefensos indígenas, sino también a los mismos criollos. El Orinoco ha ocasionado, pues, en más de una ocasión estos dseconcertantes desengaños a los pacientes y abnegados Misioneros, echando por tierra muchas de sus obras, arrasando sus sementeras, y acabando con sus empresas.

No obstante, subsiste el Internado en Araguaimujo, en el que trabajan denodadamente religiosos y religiosas. Su labor en este sentido no se pierde; más bien la ven convertida en dulcísima realidad todos los años, en varios matrimonios que logran celebrar como consecuencia de su perseverante labor entre la niñez y la juventud indígena.

Fr. Crisóstomo M. de Bustamante
O. F. M. Cap.

(Continuará)

◈ ◈ ◈

CUENTOS Y TRADICIONES DE LOS INDIOS GUARAUNOS

Tijidamo Burebaca Jebu tane namuninae

De cómo una india vieja y loca se convirtió en Jebu

En una ranchería numerosa, vivía una india vieja que, además, estaba loca.

Un día fué ella sola al monte, porque así lo reclamaba una necesidad corporal. Cuando estaba en aquellos menesteres, le pareció oír la voz de un hombre que la llamaba desde la espesura de la montaña. Levantose y fué corriendo al lugar de donde se imaginaba que salía la voz; pero no encontró a nadie.

Como se hacía muy tarde y la india no regresaba, los otros indios de la ranchería empezaron a inquietarse y salieron a buscarla por el monte; pero después de muchos rodeos, regresaron a casa sin encontrarla.

La vieja loca, al verse decepcionada por aquella voz que le pareció oír, se encaramó en las ramas de los árboles y todo aquel tiempo lo pasó saltando de rama en rama, dando gritos estridentes y subiendo y bajando como una mona. Entre las frases que decía en sus arrebatos, la más frecuente era esta: "Yo estoy loca, yo estoy loca".

Al día siguiente los indios temiendo algo serio por la suerte de la vieja, salieron de nuevo a buscarla, y esta vez fueron más afortunados, pues la encontraron en las ramas de los árboles. Al verla de aquella manera y al oír los gritos tan fieros que daba, se atemorizaron. Repuestos un poco del susto, la llamaron por su nombre, la invitaron a bajar y a irse con ellos otra vez a su casa. Pero, la loca no les hizo caso y, a la vista de ellos, se convirtió en Jebu y se metió dentro del tronco de aquel árbol grandísimo, que estaba hueco, y allí se quedó viviendo, y aquella fué siempre su casa.

Los indios llenos de espanto regresaron corriendo a la ranchería.

Desde entonces los indios tienen miedo a los árboles corpulentos que tienen el tronco hueco, porque esos árboles son la casa donde habitan algunos jebus.

NOTAS EXPLICATIVAS

Los indios, para sus menesteres higiénicos, a falta de W. C., tienen un lugar apartado de la ranchería, dentro del monte, y ahí fué a donde se encaminó la vieja de nuestra historia.

La finalidad del cuento, nos la indican los mismos indios en el final de la narración: Explicar la creencia que ellos tienen de que en cada árbol corpulento ha-

bita algún jebu o ser superior, y el miedo que ellos tienen cuando encuentran alguno de ellos.

A este propósito me contó el difunto P. Santos de Abelgas (Q. E. P. D.) el caso siguiente: En los primeros años de la Misión de Araguaimujo, llamaron unos indios para desmontar el terreno que habían de ocupar las casas y los primeros sembrados. En aquel pedazo de monte había dos árboles grandísimos que sobresalían entre los demás, cuyo tronco, al golpe del hacha, resonaba en todo el contorno. Cuando llegaron a ellos los taladores, ninguno quería tumbarlos. Por más ruegos que les hizo el Padre nadie quería arrimarse a ellos, y nadie le daba tampoco la razón de aquella negativa. Un indio con quien tenía más confianza, le manifestó que, si cortaban aquellos árboles, morirían; pues eran la casa de algunos jebus, los cuales se enojarían contra ellos si les derribaban la casa. El P. llamó a otro indio menos asustadizo y le aseguró que nada le pasaría. Tumbaron los árboles y, claro está, nadie murió, ni asomaron por los troncos, los tales señores jebus.

Más tarde, cuando oímos a los indios referir este cuento, encontramos confirmada la creencia de los taladores y la explicación de sus temores. Así viven los indios en estado salvaje: viendo expectros por todas partes.

Trascrito y anotado por

Fr. Alvaro Ma. de Espinosa
Mis. Apost. Cap.



MISIONES SALESIANAS DEL ALTO ORINOCO

Caridad industriosa y pellizcona

¡Jesús ha hablado por boca de su Vicario en la tierra! ¡Jesús pide por medio del Papa auxilios para tantos desvalidos a causa de la pasada guerra!

Hay lágrimas que enjugar; hay niños que alimentar y cuerpos que vestir; y Jesús está en la persona del niño desvalido, siendo a El a quien se socorre cuando damos de comer a un niño hambriento y cuando vestimos a un niño desnudo.

Y ¿quién no querrá enjugar una lágrima al Niño de Belén y saciar su hambre? ¿Quién se negará a darle un vestidito para que no pase frío? Escuchar al Papa, es escuchar a Jesucristo. Así se dijo a los niños, y el Asilo Pío XI se convirtió en una colmena de industriosas y pellizconas abejas que debían libar goticas de miel silvestre, hasta llenar cinco listas de donativos espirituales y pecuniarios.

—Tome, Padre, estos dos bolívares. —Y ¿para qué?—Para secundar los deseos del Papa, para ayudar a Jesús. —Muy bien... pero este dinero ¿de dónde proviene? —Padre, acabo de vender a un niño de la calle todas mis metras con sus tironas ganadas con puntos de buena conducta y aplicación. Fueron mi felicidad; pero ahora... ahora? —Entiende. Ahora tú quieres alegrar a Jesús y El te alegrará eternamente... Te felicito.

PITOS Y FLAUTAS. Son el encanto de la gente menuda y la molestia y lata de la gente vieja. No quieren los muchachos fastidiar a los ancianos, pero sí alegrar el mundo infantil de Puerto Ayacucho; por lo que los asilados, ya grandecitos, se dan a buscar cañas que, bajo la dirección técnica de un Hermano, las transforman en pitos y flautas y las venden a los externos. Y —aquí tiene, Padre, Bs. 15 para vestir a los niños necesitados de Europa.— Muy bien, muchachos, que aquí en la tierra os dé Jesús un buen pito para pitar y allá en el cielo una hermosa flauta angelical.

¿PAPAGAYOS Y AEROPLANOS TAMBIEN? Cómo no! Aquí hay artistas en ciernes que los construyen: Cuatro palos de vera pegados

a papel de color, que se les proporciona con puntos de clase, un frenillo rumoroso y una larga cola, y... a volar, papagayos, que por algo os llamáis también voladores; y su importe para los desvalidos de Europa. En cuanto a los aeroplanos, el maguey, blando como el queso y liviano como el corcho, es el material escogido por los asilados. Le adosan unas hélices por delante; por debajo le acomodan unas ruedas, que a lo mejor serán las de un carrete de adhesivo; le abren en la parte superior una oquedad, que será la casita del piloto, donde colocan una horquilla, y a volar tanto cuanto corran las piernas del niño que lo lleva en alto, ensartado de un palo. He aquí otra industria infantil cuyo producto se invierte en utilidad de los pobres de Europa.

LOS CONEJILLOS, tan tímidos en el campo como sabrosos en el plato, son también objeto de la caridad industriosa de estos buenos asilados. Los niños están de paseo, respirando a todo pulmón el aire oxigenado que, abundante, les llega de las tupidas selvas, cuando una voz emocionada grita: un conejo! y otro y otro!, exclama un segundo; y otro!, repite un tercero; y así era en verdad. Los pobres animalitos, que estarían paciendo en la verde yerba o echando la siesta, muy ajenos al peligro que se les venía encima, al ver asomar a los muchachos, enderezan las orejas, dan una patadita en el suelo y a esconder-

se en sus madrigueras! De nada les valió ni la escapatoria ni el escondite, pues los importunos paseantes, lanzándose tras ellos, con las manos o con palos los sacan de su refugio. Vendidos luego por siete bolívares, fueron el mejor tributo de la jornada para tan buena causa.

OTRAS RENUNCIAS hay que demuestran la buena índole de estos aborígenes, como son: desprenderse de unos juguetes, porque con esto alegran a Jesús y secundan la voz del Papa; renunciar a ciertos "bocadillos", para endulzar con su importe el paladar de Jesús, en las boquitas de sus representados los pobrecitos de Europa; y sacrificar —como lo hicieron los chicos externos— aquellos centavos y mediecitos que sus papás les dan para su regalo los días festivos y ofrecer la bonita suma de diez bolívares, suma sobre la cual brilla ahora el sol divino de la caridad.

LA GRAN LIMOSNA: A los asilados les acucia el afán de hacer algo más y que sea como el broche de oro de sus limosnas. Y la idea de sacrificar la fruta del almuerzo y venderla, es acogida con entusiasmo. Pronto unos dos racimos de cambures *reventones* que da gloria verlos, se llevan a una excelente bienhechora con una carta de recomendación. La buena señora admira la idea y unos cambures que valdrían Bs. 5, los compra por 20 y se los devuelve con estas palabras: "Para que los merendéis". Finalmente y, como dijimos al principio, la caridad es en los niños pellizcona. Tal es la de los colectores o encargados de recoger las limosnas indicadas y otras de mayor cuantía, como son las misas oídas, las comuniones recibidas, las visitas y otras buenas obras practicadas. Cuando uno de su grupo es algo remiso, le dan un pellizco que suena a reproche en el alma, o se siente en el brazo como aguijón de abeja pellizcona.

Hablan los números: Importe de las limosnas y sacrificios, Bs. 152,00; Misas oídas, 1.371; comuniones, 913; rosarios, 1.464; visitas, 2.502; buenas obras, 2.400.

En verdad que la caridad es industriosa y a veces pellizcona.

Puerto Ayacucho, febrero de 1946.



CHISPITAS MISIONALES

El mundo entero sufre agonías de muerte por el rechazo que a Dios se ha dado... Es inútil buscar fuera de El camino a la justicia!

Doctrinas impracticables—dado el odio que se predica y la caridad que sería necesaria para hacerlas efectivas—han traído un confusionismo babilónico que nos hace perdernos en el laberinto de nosotros mismos...! Se vive frente a un espejismo, dejando pasar la realidad!

Los Escogidos de Cristo, las almas que a El se consagran,—desde los comienzos de la Evangelización de los pueblos,—hoy como siempre dan ejemplo a seguir, necesitando a su vez la colaboración de los Cristianos. Esos "Extranjeros" que dejan su Patria, su Familia, renunciando también a la posible felicidad que un Hogar propio puede brindar; esos Misioneros que a Dios se dan enteros, para enteros darse al Prójimo; que completan lo que falta a la Pasión con su crucifixión total, esperan de todos los venezolanos la protección que es necesaria para llevar a la meta la civilización de nuestros Indios!

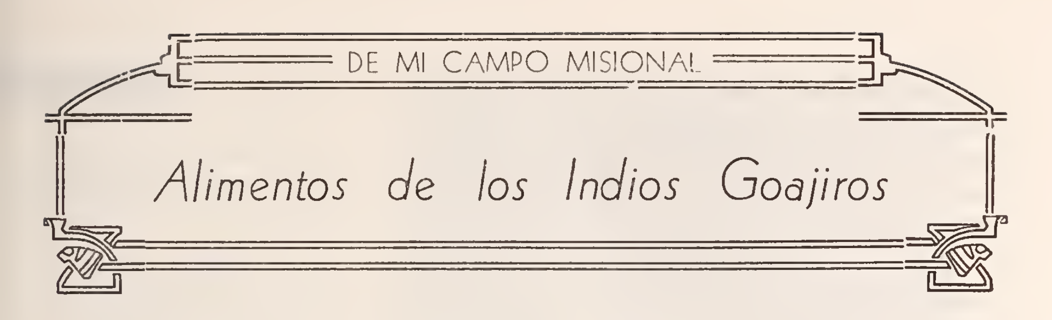
Si el sentido común lograra asentar plaza entre nosotros, sin duda abriría horizontes que podrían hacer real la felicidad de todos! Poseyendo sentido común, el prejuicio—microbio matador de todo cuanto es á llamado a vivir—desaparecería, permitiendo que se ofrecieran energías que, puestas en marcha, alcanzarían el desarrollo de las obras comenzadas, llegándose a coronar el ideal soñado.

La **universalidad de nuestra Doctrina** comunica a esos santos "Extranjeros" valor y caridad para sacrificarse por nuestros hermanos Indígenas... ¿Qué se espera para hacernos uno solo, agrupándonos en los frentes que requieren el esfuerzo individual para llevar a cabo obra de Patria? En las obras de apostolado y de bien común, los Católicos están obligados en conciencia a cooperar. Es tiempo de despertar del sueño del egoísmo en que se ha permanecido! Tenemos que disminuir para que Cristo crezca!

María Josefa Aristeguieta
T. F.

Caracas, Abril, 1946.





Alimentos de los Indios Goajiros

Los alimentos de estos indígenas ni son muy variados ni costosos, unos producidos por ellos mismos y otros comprados, pero que satisfacen, si no plenamente, al menos pobremente sus cotidianas necesidades. Enumeraré los más usuales:

1º—*El maíz desempeña* papel principalísimo en la economía del indio goajiro y lo siembra en pequeñas parcelas de tierra, denominadas *huertas*. El maíz y el plátano son su pan cotidiano. Como el maíz sembrado no les alcanza, ni con mucho, para todo el año, lo compran en el mercado indígena de Los Filudos (Paraguaipoa), en Sinamaica y en Maracaibo, comprando el maíz blanco en Maicao, pueblecito recién fundado de La Goajira colombiana. Del maíz amarillo y blanco hacen arepas, mazamorra, bollos y boñuelos, cociéndolo o asándolo, conforme a la elaboración y pericia de la cocinera. Las mazorcas tiernas de maíz igualmente las asan y sancochan, y les gustan preferentemente a los pequeños, pasando en esta ocupación sus ratos de ocio.

2º—*El plátano* es otro de sus habituales alimentos. En la Alta Goajira no se da el plátano, por carencia de agua, pero se produce bien en *la laguna* de Sinamaica, en las márgenes del río Limón y, sobre todo, en Los Manantiales, plantándolos goajiros y paraujanos que habitan esos lugares. Los plátanos no cosechados por ellos, los consiguen en Los Filudos y en Maracaibo, y los preparan sancochados, asados y también fritos *con sebo* de ganado, chivo y ovejo. Entre los plátanos, que cosechan o compran, sobresalen el "filudo" (topocho) y el plátano puro (el verdadero plátano), al que los guaraúnos del delta del Orinoco denominan *plátano-plátano*.

3º—*El arroz* lo siembran únicamente los goajiros de la *laguna de Sinamaica*, comprándolo siempre los de la Goajira arriba, preparándolo ya en hervido, ya en forma de *paella* con carne de gallina, chivo, ovejo y cochino.

4º—*Pescados.*—Cogen el vagre, lisa, curbina, bocachivo, paletón, armadillo de escama dura, el pámpano, las viejitas y guabina, que, aunque algunos son pequeños y espinosos, no por eso se les atragantan las espinas

y los encuentran siempre muy sabrosos, cuando hay hambre. La *red* y *la caña* son los instrumentos corrientes de pescarlos. La pesca la verifican en las costas del *golfo* o *saco* de Maracaibo, en *la laguna de Sinamaica* y en el copioso río Limón. Los peces los comen cocidos, asados, fritos, guisados y frecuentemente en forma de piscillo que denominan "mojito".

5º—*Carne de animales domésticos*, (ganado vacuno, chivo, ovejo y cochino) tienen y comen, principalmente, los indios de La Goajira arriba. Entre *los animales silvestres* matan piropiro, cochino montés, báquiro, conejo, venado y matacán (venado chiquito). *De aves de corral*, crían gallinas, gallinetas, pavos y palomas; y de *las aves del monte* cazan palomas bandadas, cáñamo, garza, cigüeña, patico y yaguasa (pato del agua). Las *armas de cazar* se reducen al arco, flecha y escopeta y preparan la carne de algunas de las maneras indicadas.

6º—*Frutas del monte*: Recogen mamón *agrio* silvestre, cotoperiz (mamón *dulce* silvestre), *suspiro* (fruta de suspiro), *dato* (fruta del cardón), *pitijaya* (fruta parecida al dato, pero más grande) y *brevas silvestres* (fruta de la mata del mismo nombre).

7º—*Yuca, auyama y batata*, cosechan en sus pequeños huertas y las comen cocidas o asadas, pero nunca de la yuca hacen *casabe*, que es propiamente el pan americano, que tanto gusta a los *indios pemones* de la Gran Sabana (Estado Bolívar) y a los *hermanos guaraúnos* del delta del Orinoco (Territorio Federal Delta Amacuro), quienes lo comen y consideran al casabe, como si fuera *rosquilla*.

A medida que se introduzca entre los goajiros, la civilización y la cultura se acrecentarán y variarán sus alimentos, hasta el presente, no muy variados ni exquisitos.

+ Fr. Angel Turrado M.
Vic. Apost.

Mons. Gaspar Monconill



EXCMO. MONS. FR. GASPAR M. MONCONILL
Obispo Tit. de Cadossia y Vicario Ap. del Caquetá. (Colombia)

El radio tan pródigo en noticias y que nos tiene al tanto de los acontecimientos mundiales, nos ha traído a última hora, la nueva fatal de haber fallecido el Excmo. Sr. Fr. Gaspar Monconill y Viladot, Vicario Apostólico del Caquetá.

Cuando apenas hace dos años pasó por Caracas, a su regreso de la Visita "ad Limina", lleno de optimismo y de entusiasmos misionales, le auguramos todavía bastantes años para trabajar por la g'oria de Dios y el bien de los indígenas.

Pero aquí sí que el hombre propone y Dios dispone. Muy pocos y contados años le quedaban de vida.

La labor misional de Mons. Monconill ha sido abundante en intensidad y en extensión. Unos breves datos como prueba de lo que decimos.

Nació Mons. Gaspar el 13 de mayo de 1891. El 18 de setiembre de 1907 tomaba el hábito capuchino, haciendo su primera profesión el 19 de setiembre del año siguiente. El 10 de febrero de 1914, sin estar todavia ordenado de sacerdote, se embarcaba para la Misión del Caquetá, en Colombia. El 17 de mayo del mismo año y antes de entrar en la Misión era ordenado sacerdote en la ciudad de Pasto. Y el 24 del mismo mes y año cantaba su Primera Misa en Sibundoy, Capital de la Misión. El 26 de octubre de 1930 fué consagrado Obispo.

Misionero de cuerpo entero y de acertada y amplia organización, ha trabajado durante treinta y dos años a todo lo largo y lo ancho del Vicariato, ya como simple sacerdote, así como también como Cuasi-Párroco, Superior Regular, Vice-Prefecto y Vicario Delegado General, y finalmente como Vicario Apostólico.

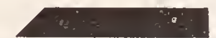
Las excursiones hechas por el Vicariato no tienen número; los trabajos realizados durante estos 32 años, Dios los llevará escritos en el libro de la vida.

También el Gobierno Nacional le confió comisiones sumamente delicadas para bien de la Nación.

De toda su labor queda constancia en las Obras publicadas y en los apuntes manuscritos, que no son pocos y de sumo interés.

Esperamos que el gran Padre de familia, habrá recompensado a este trabajador de la hora prima con el premio que tiene reservado para los siervos fieles.

R. I. P.



Niños

En la hora niña se están
rebosando luz y vida
los tres corderitos niños
y el Zagalín que los cuida.

Tiene dos ojos azules
que enamoran cuando miran.

Tiene un vestidito rosa
que en su indolencia fingida
roba caricias y besos
a los prados y a las brisas.

Y tiene tres corderitos
que sueñan con ojos tristes
sus nostalgias infinitas.

Tiene un cayado de roble
y un tesoro de sonrisas.

Zagalín de ojos azules,
el que los corderos cuidas
con pastos de vida buena
en prados de margaritas,

¡Yo quiero ser tu cordero!

Abril

Dulce,
más dulce que el amor:
como tú.

Suave,
más suave que el clamor
de la luz.

Linda,
más linda que la flor
del trigal.

Niña,
más niña que la luz
del sol
primaveral.

Así medievalmente,
castamente en tu soñar,
te quiero yo.

Dí, virgencita, ¿cuál era
la flecha que perforaba
tu sentir
cuando diste a tu cara
ese gesto tan magnífico
de abril?

—Rosas, pájaros, luz
luna, ¡abril!—

¿Qué flecha? Di . . .
Era un amor como una primavera
posada en un jardín . . .

LOS INDIOS PEMONES DE LA GRAN SABANA

¿Qué es eso del "couvade" y el "asarakpue" de los indios?

Esta palabra exótica (francesa) de *couvade* o *covada* ha tomado carta de naturaleza en nuestra lengua y úsanla ya comúnmente todos los etnólogos; otras inventadas para traducirla, como *empollamiento*, no han cuajado. Extranjera en su origen, esa palabra nos habla de una costumbre extraña y hasta ridícula cuando se estudia sólo superficialmente.

El "*couvade*" consiste en los cuidados especialisísimos que han de tener el *padre* y la *madre* para asegurar la buena procreación (eugenesia) y desarrollo de sus tiernos hijos. Como dicen los pemones: "*Mure yun-pe, mure dan-pe enan dau, esenman naua*": Cuando se es padre o madre de un niño, hay que cuidarse en las siguientes cosas". Y aquí sigue una lista larga y minuciosa de precauciones.

De esta sencilla definición se deduce que andan errados los etnólogos que atribuyen estas precauciones a sólo el padre. Al menos entre los Pemones y otras tribus afines me consta con toda certeza que las precauciones son comunes a ambos progenitores. ¿Será que como estos cuidados en las madres no llaman la atención por ser cosa común, atienden los escritores a solos los varones?

Pues además de prestar atención exclusivamente a los varones, se ha ido hasta el extremo de invertir los términos, escribiendo, v.gr.: "La *covada* consiste en que el padre poco antes de nacer el hijo, se introducía en el lecho, hacía dieta, reposo y todo cuanto hace una parturienta, y lo asistían mujeres fingiendo que daba a luz. En cambio, la mujer se levantaba después del parto y se dedicaba a sus ocupaciones domésticas habituales". (Roberto Agramonte, Sociología, p. 113).

Sabios etnólogos, cuya autoridad no podemos poner en tela de juicio, afirman de ciertas tribus que los varones llegaban en su precaución hasta guardar cama (cual si se tratara de una parturienta), pero en ninguno de

ellos he leído que, a la inversa, la mujer no guardase algo de cama ni otra cautela alguna. Esta conclusión tal vez es también una exageración a que se ha llegado por contraponer los remilgos de las mujeres de ciudad, a lo natural observado en las mujeres campesinas (especialmente indígenas). Y así, v. gr. Estrabón dice que las cántabras (España): "Eran muy duras tales mujeres, y sucedía que cuando durante su labor les cogía el parto, se apartaban por un rato y luego, lavado y fajado el recién nacido, volvían a la labor". (Citado por Schulten en "Los Cántabros" y Austures y su guerra con Roma", p. 42).



Madres indígenas, alegres con sus hijos.

Por lo que hace a las Pemones, aunque valientes en sus alumbramientos hasta rehusar en algunos casos las primerizas toda ayuda, y seguir al día siguiente de viaje, una vez que dieron a luz, se calzan luego con sus sandalias de moriche, se abstienen de muchas comidas y no se atreven ni a levantar la voz.

El patriarca de la Etnología moderna, P. W. Schmidt, Director del Museo Etnológico Vaticano, admite tres o cuatro grados en esta costumbre del *couvade*: abstención de ciertos manjares; abstención de ciertas operaciones; reposo absoluto hasta guardar cama; imitación por el varón de los dolores de parto. (Esto, si mal no recuerdo, pues cito de memoria después de muchos años de habrelo leído). Los indios Pemones (varones) sólo practican el *couvade* en los dos primeros grados. Y estos indios son netamente Caribes y tal vez de los más primitivos. De modo que juzgo muy exagerado lo dicho por el autor de la Sociología antes citada y que copio a continuación:

"Entre los caribes el hombre ayunaba durante seis meses y quedaba adelgazado como un esqueleto; el ayuno consistía en comer casabe: al cabo de los cuarenta días del ayuno, los familiares le llenaban de arañazos hasta hacerle sangrar y para martirizarlo más le lavaban las heridas con agua y pimienta: entonces volvía a su hamaca, y, todo enfermo y dolorido, continuaba el ayuno hasta el séptimo mes, en que ya podía comer carne y pescado". (Además de exagerado es contradictorio con lo que después veremos).

Antes de venir a la explicación de esta *costumbre*, que muchos preferían llamáramos fenómeno por lo rara que les parece, debemos advertir su *casi universalidad*: sólo que pasa inadvertida. En la antigüedad esta costumbre aparece atestiguada para los astures, cántabros, vascones, lusitanos,

corsos, etc. Schulten en la obra citada dice que tal costumbre "existía en el país vasco todavía en el pasado siglo". No hace muchos meses una Sra. Doctora de una gran ciudad asegurábame que ella había encontrado esta mentalidad en muchas personas, aún de la clase media y de las altas esferas.

¿Qué mentalidad preside en los que practican esta costumbre y qué fin persiguen con ella? Muchas son las explicaciones propuestas por los etnólogos y, entre ellas, las siguientes:

a) Que fué una invención o imposición de las mujeres en las sociedades de derecho matriarcal para retener cabe sí a los varones en la época del alumbramiento, que es cuando más necesitan de su protección y cuidado. (Mas en esta teoría no se explican a lo menos los últimos grados del *couvade).*

b) Que fué el medio excogitado por los varones, cuando existía la poliandria, a fin de ser reconocido determinado sujeto por verdadero progenitor. (También esta teoría presupone lo que tal vez nunca existió y no explica por qué existe el mismo rito en tribus perfectamente monogámicas).

c) Por encima de esas y otras teorías, los indios Pemones, que practican el *couvade*, ellos mismos explican su motivo y alcance. Y dicen que es porque toda alteración en la salud del padre y de la madre, todo trabajo que llegue al cansancio, etc., *repercute como en la parte de un todo*, en los recién nacidos. Esta es, pues, *influencia* de *simpatía*, que suponen vivísima en los niños.

Añaden a esta, otra razón y es que (según sus creencias) los *potorí* o *piá*, engendradores cada cual de una especie de plantas y de animales, al ser éstos cortados o destruídos son vengados en los retoños humanos. Esta segunda es una influencia externa *maléfica.*

Bastará transcribir algunas pocas de las precauciones, que ellos deben observar, de las muchísimas anotadas, para que aparezcan con toda luz los dos principios enunciados:


Madre india, educada en la Misión, feliz con sus primeros hijitos.

1.—No debe la mujer, que está en cinta, comer casabe regresado a la casa de donde salió, no sea que, al dar a luz, el hijo retorne al seno.

2.—No deben las púberes comer frutas mielgas para que no conciban gemelos o morochos.

3.—No deben los padres de recién nacido comer carne de *paují*, porque hará amarillecer al niño. (Recuérdese que el paují tiene el amarillo en el rostro muy relevante en contra de su negro plumaje).

4.—No deben los padres de recién nacido caminar descalzos por pedregales, pues sufriría su hijo.

5.—No deben tampoco transportar cargas pesadas, porque se doblará el cuello del niño.

6.—Actos sexuales de sus progenitores producirán fiebres y vómitos en el niño.

7.—Si el padre de recién nacido derriba estrepitosamente peñascos de los altos cerros, el niño sufrirá de sustos y espantos.

No son actualmente los Pemones exagerados en la práctica de estas observancias. Apenas se les ve unos días preocupados por ellas; luego, conociendo los *ensalmos* convenientes para contrarrestar las malas influencias, vuelven a su vida ordinaria.

Otras costumbres, gemela del *couvade* y fundada en el mismo principio de la *sim-patía*, es el *asarakpué* u observancias en la muerte de los parientes.

No se trata sólo de guardar *luto* o demostrar la tristeza; ellos se consideran *infectos* por la corrupción cadavérica del pariente muerto.

A consecuencia de ello deben apartarse de los demás, no deben mezclarse a comer la comida de otros, ni tampoco han de dar a los demás de la comida hecha por ellos, pues los enfermarían causándoles dolores de vientres, descomposiciones intestinales y semejantes.

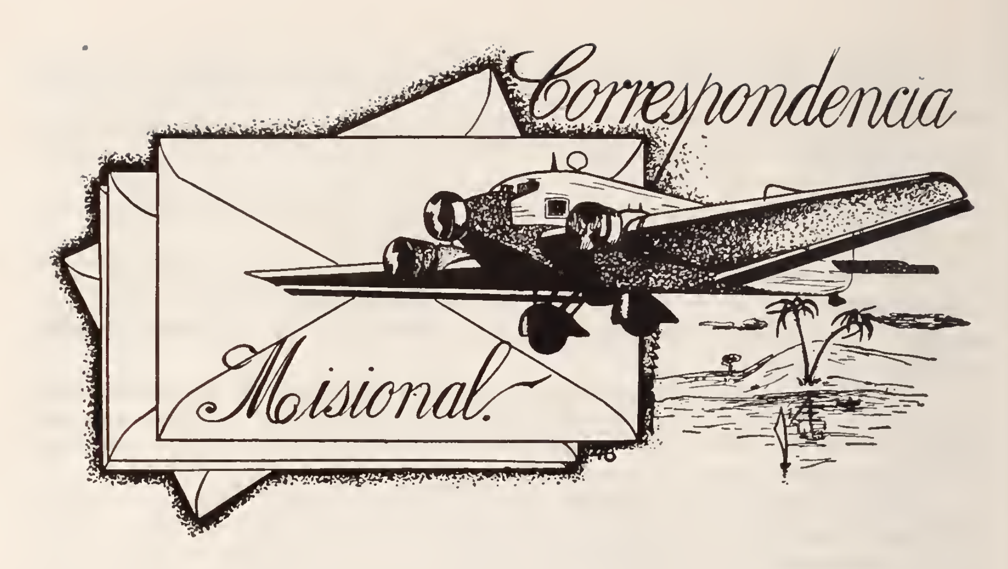
Se rasuran completamente la cabeza y se pintan con onoto o achiote, pero a las mujeres les dejan un mechoncito en el cogote.

Pasados treinta o más días, los afectados por *asarakpué* se lavan, junto con todos sus utensilios y ropas, usando la lejía del vesbasco. Y así vuelven a la vida común.

Ambas prácticas, el *couvade* y el *asarakpué*, tienen mucho de parecido con las prescripciones legales mosáicas sobre la impureza de las parturientas y sobre los que tocan los cadáveres; de ahí que en siglos pasados, cuando aún la Etnología estaba en pañales, se intentara descubrir un entronque cercano entre indios y judíos.

Fr. Cesáreo de Armellada
Mis. Cap.





Los Angeles del Tukuku, 28 de diciembre de 1945.

Rdo. P. Antonino Ma. de Madridanos.

Caracas.

Rdo. y amado Padre: Paz y Bien en el Señor.

Quiero darle cuenta y razón en esta epístola de una lista de bautizos que me mandó hace unos meses por nuestro Vicario Apostólico, Mons. Angel Turrado Moreno.

Quien lea, y bien lea, nuestra revista "Venezuela Misionera", sobre todo en la sección "Cartas y Donativos", se habrá convencido de lo que escribimos hace algún tiempo: Que los mejores amigos de las Misiones han resultado los Niños y Niñas, principalmente de los Colegios Religiosos.

¡Por algo el Divino Maestro los quería tanto y nos exigió a todos alma de niño para poder entrar en el reino de los cielos!

Bien sabemos que muchos de sus donativos salen de los bolsillos de sus padres, pero aun así, ¡cuán agradable y delicado resulta dar y recibir limosna por mano de los niños, estos cándidos angelitos de la tierra!

Otros muchos, sin embargo, son personalísimos de los niños, como las obras espirituales de misas, comuniones, etc.; y también muchos centavitos,—¿por qué afectar ignorarlo?—de que se privan espontáneamente, substrayéndolos a sus dulces, helados, meriendas y espectáculos de cine.

Estos ahorros y estas dádivas de los niños casi siempre se envían a los Misioneros con la siguiente indicación: X envía CINCO BOLIVARES para bautizar un indiecito con el nombre de N. Meses después aparece en la Revista y en la misma sección de "Cartas y Donativos" el certificado del Misionero, en que notifica haber bautizado a tales y tales indios con los nombres de N. y N.

Hoy tocábame a mí certificar también para satisfacción de las personas que los enviaron y del Padre que los remitió, haber sido hechos en la nueva Misión del Perijá varios bautizos. Pero no quise hacerlo así a secas, sino con algunas conside-

raciones previas a los niños venezolanos, que tanto cariño demuestran por sus hermanitos los niños venezolanos indígenas.

Sepan los niños,—y demás personas que nos lean—que sin las limosnas enviadas hubiéramos igualmente bautizado a esos indios, pues tal es nuestra obligación. En ese caso escogeríamos nosotros los nombres a nuestro gusto; pero nos veríamos privados de una limosna, que tanto necesitamos.

Queremos advertir además a las personas que nos envían limosnas para los bautismos, que muchas veces los nombres, por ellas escogidos, son de muy difícil pronunciación para los indios. Y la consecuencia de ésto es, que ellos los acomodan a su lengua. Así v. gr., en vez de Jesús, dirán KISU; en lugar de Manuel pronunciarán MANUERA; en vez de Cecilia, dirán CHECHIRIA; en vez de Sofía, sacarán una CHOPIA, etc., etc.

Otras veces coinciden con enviar demasiado repetidos los mismos nombres; de tal modo que nos veríamos obligados a reproducir el cuento del Misionero, que repartiendo a los bautizandos en dos grupos, decía: Todos los varones se llamarán José; todas las hembras se llamarán María.

Para evitar ésto no nos queda otro recurso, en muchos casos, que imponer los nombres pedidos, añadiendo otro nombre. Por ejemplo: Pedro José, Rafael José, Manuel María, Clara María, etc.

Poner apellidos es todavía más difícil y complicado, pues en ocasiones resultarían hermanos con distintos apellidos, lo que trae sus inconvenientes. Por eso agradeceremos no nos envíen apellidos, a no ser que se trate de una limosna verdaderamente extraordinaria, o en caso de que el niño que quiera ser bautizado, haya de ser protegido durante varios años con una pensión o beca en los internados.

Y con estas anotaciones por delante, paso a transcribir los bautismos hechos en tierras de Perijá.

NOMBRE:	EDAD APROXIMADA:	LUGAR DE NACIMIENTO:
1.—Agustín.	6 años.	Icháchama, Río Yasa.
2.—Antonia Isabel.	1½ años.	Chárapa, Río Yasa.
3.—Carlos Jorge.	1½ años.	Chárapa, Río Yasa.
4.—Julio,	6½ años.	Icháchama, Río Yasa.
5.—Primitivo,	3½ años.	Icháchama, Río Yasa.
6.—Bernardo José,	5 años.	Icháchama, Río Yasa.
7.—Isabel María,	6 años.	Chárapa, Río Yasa.
8.—Margarita Lucía,	1 año.	Chárapa, Río Yasa.
9.—Tirso,	1½ años.	Chárapa, Río Yasa.
10.—Antolín Jesús.	Tres meses.	Chárapa, Río Yasa.
11.—Carmelina,	Nueve meses.	Chárapa, Río Yasa.
12.—Corina Clemencia,	Un año.	Chárapa, Río Yasa.
13.—Josefina Albina,	Cinco meses.	Icháchama, Río Yasa.
14.—Eulalia,	6 años.	Icháchama, Río Yasa.
15.—Dionisio Alberto,	4 años.	Icháchama, Río Yasa.
16.—Luisa Elena,	5 años.	Chárapa. Río Yasa.
17.—Juan José.	Un mes.	Chárapa. Río Yasa.
18.—Sofía Pilar,	Un año.	Icháchama, Río Yasa.
19.—José Luis,	8 años.	Chárapa, Río Yasa.
20.—Aurora Lina,	2 años.	Chárapa, Río Yasa.

NOMBRE:	EDAD APROXIMADA:	LUGAR DE NACIMIENTO:
21.—Rosario,	Cuatro meses.	Río Chaparro.
22.—Santiago,	7 años.	Río Chaparro.
23.—Rogelio,	años.	Río Tukuku.
24.—José Antonio,	Un año.	Río Irapa.
25.—Enrique,	5 años.	Río Tukuku.
26.—Fernando.	4 años.	Río Tukuku.
27.—Julio Andrés,	1½ años.	Pitako.
28.—José Carlos,	5 años.	Tisina.
29.—Conchita Ester,	3 años.	Asapo.
30.—Ramona Lía,	6 años.	Cho-rek.
31.—Nectario María,	Seis meses.	Tisina.
32.—Carolina Nola.	1½ años.	Chirai.
33.—Virginia Inés,	5 años.	Río Tukuku.
34.—Roberto Luis,	6 años.	Río Tukuku.
35.—Angelina Oko-kua,	1½ años.	Tisina.
36.—Carmen María,	Un mes.	Tisina.
37.—Clara María,	Un mes.	Yapo-chaka.
38.—Silvia Dolores,	2 años.	Río Chaparro.
39.—Santiago León,	3 años.	Río Irapa.
40.—Cipriano,	1½ años.	Río Irapa.
41.—Juan José,	1½ años.	Río Tukuku.
42.—Pablo Merorka,	1½ años.	Río Tukuku.
43.—Anita Pikiri,	3 meses.	Río Irapa.
44.—Tarsicio,	2½ años.	Río Tukuku.
45.—David Atapi.	5 años.	Río Tukuku

Entre los niños indios, como entre los civilizados, los hay cobardes como gallinas, llorones y berreadores. También los hay valientes y hasta agresivos, como el marcado con el No. 39, quien hacía amagos de pegarme cada vez que me acercaba a él para darle la sal, hacerle la cruz, etc.

Con los niños incluidos entre el 24 y 35 me sucedió algo gracioso. Bautizábalos a orillas del río Tukuku; tenía un gran recipiente de agua consagrada, y a mí no me gusta hacer puramente la ceremonia, sino lavarlos bien lavados. Al llegar el momento del bautismo, al acercarse cada niño traído por su madre, decíale yo en su lengua: **ENIPTE**, que significa: Con los ojos cerrados; **AIPO**, que quiere decir: **LAVARSE**. Y ellos con la mayor alegría y con ambas manos se lavaban la cara, mientras yo les derramaba el agua, y con mayor satisfacción lavaba sus almas del pecado y se las revestía con la gracia.

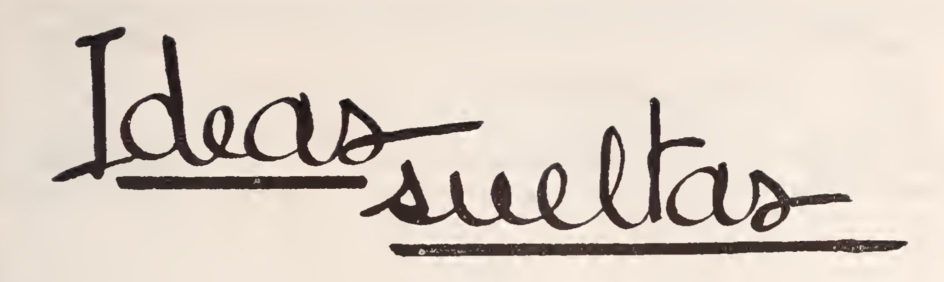
Después les dí jabón y enseñé a sus mamás a lavarles el cuerpo, que es otra cosa que mucho necesitan, pues dá lástima ver cómo están de sucios y mugrientos.

¡Qué bueno, si a cada niño que bautizo pudiera regalarle una pastilla de jabón! ¿Y si añadiera un vestidito? Miel sobre hojuelas; pero el caso es que no tengo vestidos. ¿No habrá por ahí, por Caracas vestidos para estos indiecitos?

Y por ahora nada más.

Affmo. hermano en el Sco. Padre San Francisco.

Fr. Cesáreo de Armellada.
Mis. Cap.



XVIII

UNA de las más grandes preocupaciones de la Iglesia en el actual movimiento misional es la formación del Clero indígena.

* * *

PORQUE comprende que, por otra parte, es una verdadera y urgente necesidad

* * *

Y resuelve uno de los problemas más grandes en la vida de la Iglesia en estas incipientes cristiandades.

* * *

POR eso, están abiertos ya en la actualidad 356 seminarios mayores y menores y funcionan normalmente.

* * *

EN esos seminarios se educan 15.979 seminaristas; estudian las ciencias eclesiásticas, preparan su espíritu, van subiendo gradualmente hacia la meta del sacerdocio.

* * *

PARA ser entre los suyos **lux mundi, sal terrae**; la luz del mundo, la sal de la tierra; los que trabajarán más tarde en su mismo campo prometedor de abundantes cosechas.

* * *

LO DIJO Benedicto XV: El sacerdote indígena, teniendo el mismo origen, la misma mentalidad, los mismos sentimientos, los mismos gustos que sus compatriotas, tiene un maravilloso poder para insinuar la fe en su espíritu.

* * *

JESUS no se desdeña en bajar a la blanca hostia consagrada por el sacerdote indio, chino, japonés, africano...

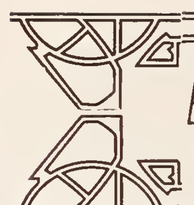
* * *

¡QUE contraste!... La blanca hostia reposando en manos negras. ¡Qué dulce y emocionante, ver al buen Jesús, que bajó a las manos negras, cobijado en el alma blanca del sacerdote africano!...

* * *

PARA llevar a cabo la grandiosa obra de la formación de tantos seminaristas indígenas, cuenta la Iglesia con la Obra de San Pedro Apóstol que aporta oraciones y limosnas.

El Peregrino de Umbría




BIBLIOGRAFIA MISIONAL

Por Fr. Cayetano de Carrocera
Franciscano Capuchino

C

8. — CARABANTES, V. P. JOSE DE, F. C. a) **Relación presentada a los Eminentísimos Cardenales de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide:** Trata de la situación del país, de los indígenas y del progreso de la Misiones hasta el año 1666.

Escrita en latín, la tradujo y publicó el Licenciado D. Diego González de Quiroga, en la Vida que escribió del V. P. Carabantes, libro segundo, cap. XV, Madrid, 1698 y 1702.

El P. Rionegro la reimprimió en sus Relaciones citadas, t. I, pp. 51-59.

b) **Copia de la Carta** que el V. P. Fray José de Carabantes, Missionario Apostólico Capuchino escribió desde Sevilla al Excelentísimo Señor Marqués de Aytona, recién llegado de Indias, en que se da noticia (según se lo había pedido con instancias devotas) de los trabajos, sucesos, y progresos de su viaje y primera Misión de Indias.

Impresa en Sevilla el año 1666, en la Imprenta de Juan Gómez de Blas. — 19 pp. en 4o.

Publicada de nuevo por el señor Serrano y Sanz en las **Relaciones Históricas** arriba citadas, pp. 1-59.

c) **Arte y Vocabulario de la Lengua de los Caribes de la Nueva Andalucía y Sermones en el mismo idioma.** Año 1675.

Mencionan esta obra todos los escritores que tratan del P. Carabantes, aunque de manera poco precisa y determinada y sin indicarnos nada acerca del paradero de sus manuscritos. El Conde de La Viñaza se concreta a copiar de la referida Vida del V. P. Carabantes por González de Quiroga, que Fray José entregó sus citadas obras "a Fr. Francisco de Tauste, que lo hizo imprimir todo el Madrid, no con el nombre de su verdadero autor, sino con el del sujeto a quien se entregaron los papeles". (**Bibliografía Española.** cit., núm. 888). Esta acusación contra el P. Tauste nos parece completamente injusta, pues lo que publicó éste en Madrid en 1680 fué—como veremos en su lugar— el **Arte y Vocabulario de la lengua de los indios Chaymas,** cuyo idioma era totalmente diverso del de los Caribes, como afirma el mismo P. Tauste. Lo más probable es que este manuscrito del P. Carabantes no se haya impreso, o se haya perdido.

d) **Práctica de Misiones.**— León, en la oficina de la viuda de Agustín Ruiz de Valdivielso, 1674; 2 vols., el segundo de los cuales se editó en Madrid, por Andrés García, 1678. (Clemente Bravo, La Imprenta en León, p. 32, León, 1902).

e) **Medios y remedios para ir al cielo.** — León, por Agustín Ruiz de Valdivielso, 1672.

f) **Pláticas dominicales y Lecciones doctrinales de las cosas más esenciales sobre los Evangelios de las dominicas de todo el año.** — Madrid, 1704, 2 vols. en 4o.

"La figura más notable de los Capuchinos Misioneros de la Nueva Andalucía—afirma Arístides Rojas—es sin duda alguna la del célebre Padre José de Carabantes. Desde muy joven se dedicó al servicio de Dios, ejerciendo su ministerio en ambos mundos durante cuarenta años de su vida ejemplar" (**Estudios Indígenas**, p. 167, Caracas, 1878).

Como ya hemos dicho más ampliamente en la "Galería de Misioneros", nació este celosísimo apóstol e ilustre hijo de San Francisco, en Carabantes, pequeña población de la provincia de Soria, en España, en 1628, habiendo sido sus padres Don Bartolomé Velázquez y Doña Anastasia de Fresneda, ambos ilustres por su nobleza y piedad. Vistió el sayal franciscano en 1645, profesando al año siguiente; recibió la ordenación sacerdotal en 1652.

Formando parte de la expedición misionera conducida por el célebre P. Fr. Lorenzo de Magallón, arriba a las playas cumanesas el 8 de septiembre de 1657, consagrándose desde entonces con el celo más ardiente y fervoroso a las arduas tareas misionales en el vasto territorio que forma hoy la República de Venezuela, muy particularmente en la Nueva Andalucía. Habiéndose internado entre los indios Caribes, que moraban al sur de la antigua provincia de Cumaná, es apresado por ellos y se aprestan a darle muerte y comérselo; pero al querer ejecutar su depravado intento, aparece rodeado de resplandores y de aguerridos combatientes. Atónitos los indígenas al ver tan peregrina visión, caen a sus pies y le adoran como a una deidad. El los instruye, bautiza y reduce a la vida civilizada y cristiana. Entre estas espirituales conquistas aparecen cinco reyes o caciques, los cuales para dar testimonio de su fe y adhesión al Papa, en 1666 envían a nuestro Misionero como delegado ante Su Santidad, con una carta firmada por ellos.

Una vez que regresó a España, por disposición de sus Superiores dedicóse a dar misiones en varias regiones de la Península, habiendo alcanzado en todas partes éxitos extraordinarios. Murió en Monforte de Lemus, el 17 de abril de 1694.

9.—CARROCERA, P. CAYETANO DE, F. C. — a) **Memoria de la Cofradía del Santísimo Sacramento de la Iglesia de Las Mercedes de Caracas.** — Caracas, Tip. Moderna, 1925.

Opúsculo de 21 pp., 22 x 16 cms.

b) **Primicias Religiosas de Venezuela.**—Caracas, Tip. Americana, 1925. 14 pp. 22 x 12 cms.

c) **Apostolado de los Franciscanos Capuchinos en Caracas**, 1891-1925.—Con una Reseña histórica del Templo de Nuestra Señora de las Mercedes de la propia ciudad. Prólogo de Monseñor Nicolás E. Navarro, Protonotario Apostólico y Deán del Capítulo Metropolitano de la misma capital. Profusamente ilustrada. Caracas, Tipografía Americana, 1926.—XV-326 pp., 17 x 12 cms.

d) **Memorias para la Historia de Cumaná.**— Cumaná, Tip. Ayacucho, 1926. 1 vol., 434 pp., 22 x 16 cms.

e) **La Orden Franciscana en Venezuela:** Documentos para la Historia de sus Misiones en esta República durante el siglo XIX. — Con grabados.

Caracas, Lito-Tip. Mercantil, 1929.— 1 vol. de X-302 pp., 23 x 16 cms.

(Véase la acreditada revista histórica madrileña "Archivo Ibero-Americano", t. 25, 1926, p. 389; t. 29, 1928, pp. 289-92, y t. 32, 1929, p. 266, donde hay notas bibliográficas de las tres últimas obras).

f) **Ofrenda a la memoria del Gran Mariscal de Ayacucho en el primer Centenario de su muerte,** 1830—4 de junio—1930.

XI-54 pp. 22 x 16 cms.

g) **Cincuenta Años de Apostolado de los PP. Franciscanos Capuchinos.** — Recuerdo de las "BODAS DE ORO" de su arribo a las playas venezolanas, 1891—9 de diciembre—1941.

Caracas, — Escuelas Gráficas Salesianas,—1941.

1 vol. de XIV—350 pp., 22 x 15 cms.—Profusamente ilustrado.

h) **Memorias para la Historia de Cumaná y Nueva Andalucía:** Colección de escritos del Pbro. Dr. J. A. Ramos Martínez, y otros numerosos estudios y documentos importantes. Segunda edición corregida y extraordinariamente aumentada.

C. A. Artes Gráficas, Caracas, 1945. 1 vol., XXXI—651 pp., 23 x 15 cms.

i) **Historia de un Gran Misionero: R. P. Santos de Abelgas.** — 19 capítulos publicados en la revista "VENEZUELA MISIONERA", años 1939 y 1940.

j) **La Orden Franciscana en Venezuela (Historia de sus Conventos)**

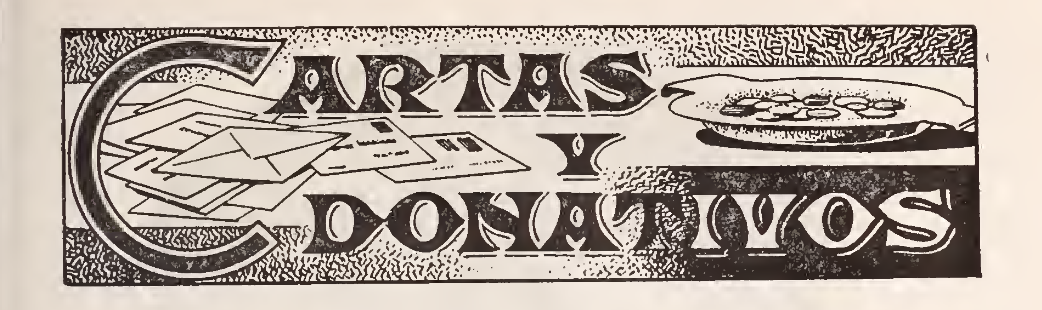
Serie extensa de artículos históricos, publicados en "VENEZUELA MISIONERA", desde el No. 21 de Octubre de 1940 hasta el No. 63, correspondiente a abril de 1944, sobre los Conventos Franciscanos de Cumaná, Caracas, El Tocuyo, Trujillo, Barquisimeto, Carora, Coro, Maracaibo, Margarita, Valencia y Guanare.

k) **De las Antiguas Misiones.** — Colección de artículos históricos que han visto la luz pública en la misma Revista, en los años: 1939, 1940, 1941, 1942, 1943.

l) **Galería de Misioneros.** — Biografía de algunos Misioneros célebres, entre otros Fr. Francisco de Pamplona y PP. Lorenzo de Magallón, Carabantes, Tauste, etc., etc., aparecidas en la propia Revista, Núms. 65-83, años 1944 y 1945.

El autor de estos libros y trabajos históricos llegó a Venezuela en el año 1921, y desde entonces hasta el presente ha vivido siempre en esta República, fuera de cinco meses pasados en Puerto Rico y veintiocho en Colombia. Es Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia y de los Centros Históricos de Pasto, (Colombia), y Larense de Barquisimeto, como igualmente es Miembro Fundador y Director del Centro Histórico Sucrense de Cumaná. Fué fundador de la revista caraqueña "Venezuela Misionera", en la cual ha colaborado asiduamente, como así mismo ha publicado numerosos estudios históricos en los periódicos "La Religión", de Caracas, y "Renacimiento", de Cumaná, y en la revista "Estudios Históricos", de Pasto, (Colombia), etc., etc.





* Barquisimeto, 14 de diciembre de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy estimado Padre: Soy asidua lectora de la interesante revista **Venezuela Misionera**, y muy amante de las obras misionales. Me dirijo a Ud. para enviarle Bs. 5 para un bautizo de una indiecita que deseo se llame Teresita, en acción de gracias por un beneficio alcanzado. Reciba mis respetuosos saludos y envíeme la bendición. Iveth Faroh Richo.

Muy bien por tus entusiasmos misionales, amiguita Iveth. Sigue siempre con ese amor y con mucho interés; pues se trata de la gran causa misional, es decir, salvar las almas redimidas con la sangre de Cristo. Dios te bendiga.

* Caracas, 3 de enero de 1946. Rdo. Padre Antonino de Madridanos. Rdo. Padre: Mi mamá me ha regalado diez bolívares para que se los mande a Ud. y bauticen dos indiecitos en las Misiones de nuestra Patria. Yo, encantado le pongo estas letricas y le mando los bolívares. Quiero que mis ahijaditos lleven mi nombre; el uno Víctor y el otro Hugo. Le pido la bendición para mí, para mis papás y para mi hermanita chiquitica. Víctor Hugo Cedeño A.

Palo de hombre, que es este pequeño Misionero. Y tan entusiasta por los indiecitos. Lo que sí no me has mandado tu fotografía. Quedo esperándola, para que los indiecitos te conozcan. Que Dios os bendiga a todos.

* Caracas, 25 de diciembre de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Ciudad. Muy respetable Padre: Nos dirigimos a Ud. en la fecha de nuestra Primera Comunión, que por gracia de Dios coincidió con la venida del Niño Jesús. El Niñito nos trajo, como esperábamos, mucha alegría. ¡Qué cosa tan grande, Padre, sentir nacer al Infante de Belén en nuestros corazones! Como recuerdo de tal fecha, queremos mandar para el bautizo de un indiecito con el nombre de Jesús Infante, y de una indiecita con el de Flor Primera del Pilar. Este último nombre como recuerdo de haber sido nosotras las primeras alumnas que hemos hecho la Primera Comunión en este nuevo Colegio, que me figuro, sabrá que se titula del Pilar. Bueno, Padre, esperamos pida para que el recuerdo feliz de nuestra Primera Comunión no se borre jamás de nosotras. Esperamos su bendición. Afmas. Haydée Barros, Irma Barros.

Con muchísimo gusto pediré por vosotras, mis buenas amiguitas Haydée e Irma, para que os conservéis tan buenas como ese día le ofrecísteis al buen Jesús. Contad con toda seguridad con las oraciones de los misioneros y misioneras, pues sois de sus bienhechoras. Cualquier día iré de nuevo por ese Colegio para saludaros personalmente. Dios os bendiga.

* Caracas, 10 de enero de 1946. Rdo. P. Antonino de Madridanos. Respetado Padre: Reciba de las Hnas. y de mis compañeras nuestro saludo de Año Nuevo. Le enviamos nuestros pequeños ahorros para nuestros hermanos los indiecitos y además Bs. 20 para bautizar cuatro indiecitas, que deseamos lleven los nombres siguientes: Teófila, Trina, Clara y Rosa. Recibimos la Revista **Venezuela Misionera**, que nuestra Maestra, muy amante de las misiones, nos la lee con mucho gusto. Le enviamos también la fotografía que nos pidió; la sacamos junto a la Gruta de Lourdes que tenemos en el Colegio; allí vamos cuando salimos al recreo y le pedimos a la Virgen por las Misiones. Envíenos su bendición, Padre. Por las Alumnas del 3º y 4º Gdos. del Colegio "Madre Rafols", Hilda Abreu.

Las Alumnas de este Colegio sí que son amantes y entusiastas de las Misiones... Bueno, hay que añadir, que las Hermanas de Sta. Ana se encargan de mantener encendido siempre el fuego del amor... Bien están los dos grupos que mandásteis, para que os vean los indiecitos. Aunque algunas se pusieron demasiado serias... Dios os bendiga.

* Puerto Sucre, enero 1º de 1946. Respetado Padre Carrocera. Le envío adjunto a la presente Bs. 5, para bautizar una indiecita, que el niño quiere sea con el nombre de María Gabina,



Un nutrido grupo de alumnas del Colegio "Santa Ana". Caracas, con la Hermana Trina, que se encarga de mantener siempre encendido en ellas el calor misional.

y le manda también la fotografía, por si puede salir en **Venezuela Misionera.** Encomendándome a sus oraciones. Amigo y apreciador, Luis Ramón Díaz.

◆ Al amigo Sr. Luis Ramón, tenemos que decirle que con muchísimo gusto y conforme a los deseos de José, se bautizará la indiecita, y que su foto aparecerá en la Revista. No faltaba más. Por todo y para ambos muy agradecidos.

* Puerto Cabello, 15 de diciembre de 1945. Rdo. P. Fr. Antonino de Madridanos. Rdo. Padre: Le hago estas líneas con el objeto de enviarle Bs. 5 para bautizar una indiecita que lleve el nombre de María Josefa Gramcko. Yo rezaré por mi ahijadita para que sea buena cristiana, y quiero que me mande un retrato de ella. Espero su bendición. Se despide de Ud. Emma Gramcko.

* Puerto Cabello, 19 de diciembre de 1945. Rdo. Padre Antonino de Madridanos. Por medio de la presente me dirijo a Ud. para enviarle Bs. 5 que serán destinados para bautizar a un indiecito el cual deseo se llame Rafael Antonio. Ruego a la Virgen que proteja la obra de las misiones. Le pide la bendición, Amelia Castillo.

◆ Dos cartas de dos pitoquitas del Colegio de Hnas. de San José de Tarbes del Puerto. Tan entusiastas que son estas niñas y tan amantes de las Misiones. Lo de la fotografía... pues no es tan fácil conseguirla por aquellas regiones tan apartadas. ¿Por qué no mandásteis la vuestra? Dios os bendiga.

ESCRIBEN DE LA MISION

* Santa Elena del Uairén, 1º de enero de 1946. Rdo. P. Antonino de Madridanos. Caracas. Muy carísimo Padre: Paz y Bien. Le voy hacer esta carta, saludándole a Ud., y decirte, aquí recibimos unas cosas, lo que mandaste, muchas gracias; y ahora yo te digo, que nosotras indiecitas no tenemos nada con qué pagarle. Padre, ¿cómo están ustedes? Además les mandas saludos para los Padres. Ahora le contaré algunas cosas; aquí yo recibí una revista misionera y leí; me gustó mucho; a mí me gusta leer algunas cosas buenas que salen allí. Aquí estamos pasando las Pascuas muy contentas. El P. Diego es tan bueno que nos predicó el sermón sobre nosotras y aconsejándonos, y comulgamos a las 12 y media de la noche, y recibimos a Jesús en nuestros corazones, y pedimos a Dios por la paz del mundo. En este año el mundo como que no está bueno. Mira, Padre, a mí me gusta la misión, yo quiero estar aquí siempre con las Hermanas Franciscanas, porque la misión es buena más que las malocas. Hoy enterraron una muerta, que es esposa de uno de los niños, que se casó aquí en la misión.



El buen amigo y entusiasta misionerito de Puerto Sucre, José González Díaz.

El se casó con ella pero no sabía hablar en castellano. ¡Pobrecita! Tiene un niñito chiquitico. Bendígame, indiecita Purificación Español.

* Santa Elena del Uairén, diciembre del 45. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy amadísimo Padre: Paz y Bien. Te escribo esta carta, pidiendo su bendición. Mira, Padre, te voy a contar estas cosas, que nosotras fuimos para el Hato **Santo Domingo**, regresamos después de haber trabajado mucho en la fariña. Fuimos 8 niñas y 7 niños, el P. Diego y la Hna. María Josefina. Después de salir en la tardecita en la fariña, comíamos, rezábamos el Santo Rosario, cantábamos, y después jugábamos un rato con las niñas del señor que cuida el Hato. También contábamos cuento del Kanaima, pasamos 15 días muy contentas; pero el P. Diego dijo que viniéramos, para que fueran las demás. Todavía no te había contado que nosotras tenemos una morochita, hija de una de nuestras compañeras, que se casó, y nosotras y las Hermanas la estamos cuidando. Una de las morochitas se llama Conchita; su nombre muy bonito; ya está muy avispada y tiene 5 meses. Estamos contentas, alegre, porque recibimos lo que tú nos mandaste; nosotras decimos mucha gracia, Dios te lo pague allá en el cielo esos Corazoncito de Jesús. Ahora estamos pidiendo la gracia por tí, para que Dios nos bendiga a todos; pedimos siempre en la Misa, en la comunión, en el rosario. También estamos recordando y no te olvidamos; aunque nosotras no te conozcamos. Mira, Padre, hágame el favor, yo quiero que tú me manda tu retrato en la revista misionera, para



Grupo escogido de las más decididas Misioneritas del Colegio "Santa Ana" de Caracas, posa para nuestra revista.

conocerte. Bendíceme, Isaura Decelis.

* Divina Pastora de Araguaimujo, noviembre, 1945. Excmo. Sr. Obispo, Angel Turrado, Machiques. Con mucho placer y cariño le envío esta carta en nombre de todas las niñas, por dos motivos: el primero, para saludarlo, porque nosotras no lo podemos olvidar, el segundo para desearle unas Felices Pascuas, y tercero para felicitarle en el día de su santo. Ese día rogaremos mucho para que Dios le derrame muchas gracias y lo haga muy santo. Cuando le escribió a Asunción, diciéndole que vendría en una avioneta azul, nos pusimos muy contentas, porque tenemos muchos deseos de verlo. Ahora le cuento, que hace días estuvo Mons. Constantino Gómez y le preguntamos por S. E. y nos dijo que estaba un poco enfermo. El día de todos los Santos se casaron Teresa y Joaquina. Mons. los casó y por la tarde se fueron a su casa. Los Padres están haciendo la casa y les está quedando muy bonita. También están viniendo niñas nuevas. Muchos saludos al P. Isaac y al P. Cesáreo, que los recordamos mucho. Bueno, Monseñor, que Dios le conserve muchos años, son los deseos de estas indiecitas, que le piden las bendiga. Paula Gómez, Rosa Azcona, Florencia González.

OTROS DONATIVOS

* El Colegio de Hnas. de San José de Tarbes, Puerto Cabello, manda Bs. 5 de limosna. La Srta. Beatriz Pineda manda Bs. 4 de limosna para un ahijadito que tiene en el Caroní. La Srta. Lourdes Pirela, de Maracaibo, manda Bs. 5 para bautizar una Lourdes de Jesús. Del Colegio de Hnas. Capuchinas, Caracas, mandan Bs. 5 para bautizar una María de los Angeles. La Srta. Aura Quiñones, de Sta. Cruz de Mora, Bs. 5 para bautizar una Ana Teresa. Una persona de Caracas, manda Bs. 5 para bautizar una Josefina. Lina Corona, de Caracas, Bs. 5 para bautizar una Lina. Una señora de Caracas, que oculta su nombre, manda Bs. 50 de limosna para las Misiones. La señora Ana Luisa de Ibarra, Caracas, manda Bs. 5 para el bautizo de una Ligia María, y Bs. 15 más de limosna.

A todos estos buenos bienhechores de la Misión les dan los Misioneros las más sinceras gracias y un ¡Dios les pague!

P. A.
Capuchino.



ALBORES DEL PILAR.—Organo del Colegio de Ntra. Sra. del Pilar. Más de cincuenta años hace que las Hermanas de Santa Ana vienen trabajando en este centro de educación Colegio de Ntra. Sra. del Pilar, en Maracaibo, donde se han formado muchas y buenas jóvenes de la sociedad zuliana. Hoy, algunas de las jóvenes que cursan estudios en dicho centro, han querido ponerse a la altura de los tiempos y han echado mano de la gran palanca de la prensa para difundir sus ideas, sanas y religiosas. Porque lo que es, esos maracuchos y esas maracuchas no le tienen miedo a nadie y no ocultan lo que son. Por eso, digo, que este Organo de publicidad del Colegio del Pilar hace alarde desde un principio de ser religioso y cultural. A nuestra mesa de relacción han llegado los dos primeros números de enero y febrero. Por eso suponemos que es publicación mensual, aun cuando en sus páginas no lo diga. Felicitamos entusiastamente a la Junta Directiva de la publicación, que la forman las buenas amigas: Virginia Acosta, como Directora; Maria Isabel Velarde de J., como Sub-Directora; Angela J. López, como Secretaria, y como Administradora, Josefina González F., y nos atrevemos a hacerles una pequeña sugerencia. Ya que este Colegio es tan entusiasta por las Misiones, no estaría mal una SECCION MISIONAL. Vayan nuestras felicitaciones al colega, deseándole muchos éxitos en el campo de la difusión de ideas sanas para bien de la Patria.

Fr. A. Ma. de M.
Capuchino.

* * *

SANTOS EN COLOMBIA, por Fr. Samuel M. Botero Restrepo, franciscano. Medellin, Colombia, 1944.

"Colombia será un convento", diz que dijera Simón Bolívar. Y la historia lo demuestra.

No se puede discutir a Colombia la suerte de haber albergado en su seno, como obreros o como huéspedes, a grandes santos y de haber recibido en su suelo el sudor de insignes varones apostólicos.

Divide el autor su libro en cuatro partes, con un apéndice. Se trata en la primera, que se titula: La Reina de Colombia, cómo merced al auxilio de la Virgen Sma. se realizó y llevó a feliz término el magno acontecimiento del descubrimiento y singular obra de la colonización. La misma independencia se dibujó en los pliegues del manto de Nuestra Señora.

La parte segunda nos pinta brevemente la semblanza de tres grandes santos españoles, que trabajaron en Colombia y son: San Luis Beltrán, dominico, patrono de Colombia; San Francisco Solano, franciscano, patrono del Perú y de las misiones americanas entre infieles, y San Pedro Claver, jesuíta, apóstol de los negros. Finaliza con la biografía de otro misionero español, el Beato Fray Juan Macías, dominico. La tercera parte se intitula: Cómo se hace una canonización; y se explica con brevedad el procedimiento que ha de seguirse en tan interesante asunto. La cuarta parte nos recuerda los varones insignes, de algún modo relacionados con la nación vecina y cuya causa de beatificación se está tramitando. El apéndice trata sobre personajes ilustres, que por su santidad han influido en Colombia.

La lectura del librito resulta agradable e interesante por su amenidad y variedad en los temas. Es un perfumado ramillete espiritual, que, al par que a la Virgen de Chiquinquirá, nos ofrenda el joven autor franciscano.

Agradecemos el regalo a nuestros hermanos los Coristas de Colombia.

P. Augusto de V.
O. F. M. Cap.


Vidrios
planos cortados a la medida y a los mejores precios.
GUSTAVO GIL & C[IA]
TELEFONO
96.291

La Novela de...

(Viene de la pág. 55)

Padre Marcelo; pero el convertido se había negado a juntarse a la familia.

—Es menester que se vea que he cambiado —decía—; es menester que el escandaloso dé buen ejemplo; dentro de ocho días iré a comulgar a Hastiére.

Cuando volvió al castilo le hicieron una fiesta: le felicitaron y cantaron sus alabanzas. Para celebrar este gran acontecimiento, Blanca tocó una sonata de Beethoven, y Louverois lloraba, porque las melodías sublimes de ese rey de los músicos le conmovían hasta el fondo del alma; Adrián consintió en cantar una melodía, lo que no concedía sino en los días de fiestas repicadas; las sobrinitas pidieron que su tío Andrés imitase el grito de los animales, para lo que tenía gran habilidad; al principio se negó a ello con energía, ofreciendo traer a la sala perros, asnos, pollos y caballos, que, según decía, desempeñarían este oficio mucho mejor que él; fué menester para ello muchas importunaciones, pero el artista acabó por ceder y ejerció su oficio entre los alegres gritos de los chiquitines.

En una palabra, fué una fiesta completa. Cuando terminó, el Padre Marcelo, acercándose a su padrino, le dijo en voz baja:

—Tenga la bondad de ir a mi cuarto cuando pueda, que tengo que hablarle de cosas graves.

* * *

Algunos minutos después, padrino y ahijado, sentado uno frente a otro, se ponían a charlar, después de que Louverois hubo pedido permiso para encender un cigarro.

—Padrino —dijo el Padre Marcelo—, usted oyó mi oración el otro día en la capilla.

—No tengo intención de negártelo; más aún, me alegro de ello, porque este incidente es el que me ha impulsado de veras por el camino recto; estaba decidido a ello desde el día anterior, pero quién sabe qué diablo me habría detenido aún, si tu ejemplo no me hubiera hecho avergonzarme de mis vacilaciones.

—Bendigo a Dios por ello. Sabe, pues, usted a lo que me he obligado y que es necesario que piense seriamente en partir de nuevo.

—¿Estás perfectamente curado?

—Perfectamente. Me hice visitar el otro día por el doctor Embrun, especialista africano, me auscultó, palpó todas mis cicatrices y me declaró bueno para el servicio.

—¿Sin reservas?

—Sin reserva ninguna.

—Pues bien, entonces, muchacho, es menester partir lo más pronto posible... Si me hubieran dicho hace ocho años que yo había de dar semejante consejo... ¿Te acuerdas?; en esta misma habitación... ¡qué escena! Yo te maldecía, te injuriaba... te ofrecía dinero, ¡qué imbécil era entonces!

—¡Oh, padrino!

—¡Sí, sí, imbécil! Yo no comprendía entonces tus anhelos sublimes, tus deseos divinos de la salvación de las almas: ahora, tu santa madre ha rogado a Dios por mí allá arriba, Dios me ha iluminado, tú me has convencido en un momento, en un abrir y cerrar los ojos, y estoy contigo en todo y para todo.

—Gracias. El momento ha llegado, padrino; es necesario que yo me vaya; querría ahorrar a papá esta nueva pena, pero no es posible; pero quizás podría usted al menos impedir que fuese yo el mismo verdugo.

—¿Cómo?

—Encargándose de avisárselo...

Louverois tuvo un estremecimiento enérgico:

—¿Qué? ¿Quién? ¡Yo, avisárselo!

—Sí, y abogar por mi causa, porque mi pobre padre va a resistirse.

—Pero, ¡qué descaro! Desgraciado, ¿ignoras el escándalo que dí yo en el locutorio de los Jerónimos contra la voluntad de tu padre, a propósito de tu partida?

—Sí, sí lo sé, y sé también sus reproches a papá y la disputa que resultó de eso y su dureza de cabeza en no querer volver a Profondeville.

—Y ahora querrías que...

—Y lo quiero... o por lo menos, se lo suplico. Vea, padrino, es ya bastante duro para mí el partir de nuevo: ahórreme usted el espectáculo del dolor y de las lágrimas de mi pobre padre.

Louverois callaba: espesas espirales de azulado humo se escapaban de su enorme cigarro, y en medio de esa nube, reflexionaba.

Luego el Padre Marcelo oyó que murmuraba entre dientes:

—¡Penosa tarea! ¡Penosa tarea!

Después de algunos instantes, Louverois se levantó:

—Iré —dijo—. Pero sólo tú eres capaz de obligarme a hacer semejante cosa, ¿lo oyes?

—Sí, sí, padrino, le oigo y se lo agradezco... Vaya usted ahora mismo ¿quiere?

—¿Temes que me niegue a ello si tardo? Sea, voy ahora... Tú vete a orar a la capilla para que mi embajada tenga éxito.

Salieron ambos. Mientras el Padre Marcelo entraba en el oratorio, Louverois fué en busca de su amigo.

XIX

EL INDULTO DE KARPU

El señor de Louergue estaba en el parque; sentado sobre un banco, fumaba su gran pipa, leyendo un diario. Cuando vió a Louverois, que se acercaba, le apostrofó alegremente:

—¡Víctor, puedes gloriarte de haberme causado un gran placer esta mañana!

—¡Tanto mejor, mi viejo amigo, tanto mejor!

—Además—añadió Louergue—todo es hoy alegría: tú eres de nuevo de los nuestros. Carlos va muy bien, y si no fuese por el recuerdo de mi querida muerta, me sentiría completamente feliz, sin reserva.

—Si yo fuese pagano—dijo—vería en todo esto un mal presagio.

—Pero no lo eres... no lo eres ya, gracias a Dios.

Louverois bajó la mano, que colocó afectuosamente sobre la espalda de su amigo, diciendo con voz dulce:

—Sí, gracias a Dios; y sin embargo, Marcelo, voy a turbar tu alegría, a causarte una pena... a eso vengo.

Louergue sacó la pipa de su boca y bajó un poco la cabeza para mirar a Louverois por encima de sus anteojos de présbita:

—¿Qué?—dijo con inquietud—. ¿Qué hay?

—Se trata de Carlos.

—¿Está enfermo de nuevo?

—No, no; el médico le ha examinado y le encuentra perfectamnte restablecido.

—¿Entonces?

—Pues bien; ese muchacho, recobrada ya perfectamente su salud, quiere irse.

—¿Irse? Pero me parece que está bien aquí, no estará descontento del trato que le damos.

—Precisamente; está confuso de ello, y no teniendo ya necesidad de estos agasajos, quiere evitarlos.

El señor de Louergue lanzó un profundo suspiro:

—En fin...—dijo—. Comprendo: es religioso después de todo y su puesto está en un convento de su Orden. Le cuidaremos aún algunos días más y luego irá al Colegio de Namur; desde allí podrá volver muchas veces a casa por algunas horas, por algunos días; nos-

otros podremos ir a verle... ¡será delicioso!

Louverois escuchaba conmovido aquellas palabras, y se preguntaba si tendría valor para disipar el ensueño del pobre padre; pero pensó que Carlos en ese momento oraba esperando la respuesta y se decidió.

—No es eso—murmuró bajando la cabeza—; no has comprendido... no es Namur a donde Carlos quiere volver.

Sin comprender todavía el señor de Louergue, preguntó con inquietud:

—¿A dónde, pues?

—Allá, muy lejos, de donde vino.

—¡Al Congo!—gritó—., No, tú te chanceas, Víctor, ¿no es cierto? ¡Al Congo! ¿quiere volver allá? ¡Pero será para morir allí, después de haberme matado! ¡Es imposible, dile que es imposible!

Gesticulaba, teniendo en la mano derecha el diario, que arrugaba a cada movimiento. Como Louverois callase, lanzó el papel por tierra y con dolorosa impaciencia insistió:

—¿Es verdad eso?, ¿o es solamente para tentarme? Respóndeme: ¿acaso él te ha encargado...?

—Sí, mi pobre Marcelo, Carlos me ha rogado que te pida por él permiso para partir.

Louergue miró a su amigo a la cara; sus rasgos se contrajeron como si fuese a llorar; pero estalló en una carcajada, más lastimera que un sollozo:

—¡Ah!—exclamó—esto sí que es cómico: ¡Louverois abogado del misionero! ¿Cuánto te paga Carlos por la defensa?

Louverois respondió tristemente:

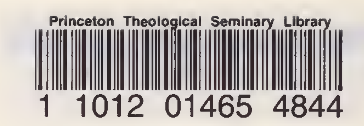
—¡Ea, mi viejo, no te chancees! Tú no estás ahora para eso. Me duele mucho apenarte de esa manera, pero lo he prometido; ves...

—¡Lo has prometido! Pues no debías haberlo prometido, tú menos que ningún otro; ¿has olvidado ya tus cóleras de otro tiempo, tus escándalos con el Padre Ambrosio, tus injurias, tu rencor?

—Nada de eso he olvidado; pero desde entonces, ya sabes, Dios ha pasado por mi alma, he visto, he comprendido y sé muy bien que el llamamiento divino es irresistible; no se vence a Dios; yo lo he intentado y quedé vencido; tu también lo serás.

Louergue guardó silencio; una gruesa lágrima corrió por su mejilla, la enjugó con mano temblorosa:

(Continuará)


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 4844

